



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 7.º

JUEVES 24 DE ABRIL DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA UN AÑO 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA VIDA SOCIAL EN CHINA, por Sinibaldo de Mas.—INTRIGA Y PASION, por John Lang (*Continuacion*).—ROBERTO EL DIABLO (*Del alemán*).—LAS CATACUMBAS DE ROMA (*Conclusion*).—EL PALACIO DE BANSWARRA.—PROPIEDADES FISICAS DE LOS MINERALES: su forma y medicion.—LAS RAZAS HUMANAS: los americanos.—UNA PROFECIA DEL NORTE: leyenda sueca.—ESTUDIOS MORALES: La alegría, por De Lombez.—LA PERDIZ, apólogo, por Pedro Calderon.—PENSAMIENTOS.—SONETO, por Francisco de la Torre.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES: la nueva edicion de *El Quijote*.—La poblacion de la tierra.—Los bomberos de Berlin.—Los habitantes del Tibet.—Explicacion de la clave enigmática del número anterior.

LA VIDA SOCIAL EN CHINA.

Voy á emitir una opinion que admirará sin duda á la generalidad de los europeos, y quizá tambien á algunos de los que han visto chinos y han tratado con ellos en Singapore, en Hong-kong ó en Canton. La sociedad china posee una urbanidad y finura mas esmeradas que cualquiera de los pueblos mas civilizados de Europa, y lo mas digno de observarse es que esta diferencia es mas visible en las clases inferiores que en las superiores.

Por bien educado que sea un europeo, no podrá por menos de ser considerado en China como un hombre muy comun y ordinario. En efecto, ninguno de nosotros dejaria de ponderar, por ejemplo, la comodidad y elegancia de nuestros caminos de hierro, lo confortable de nuestras fondas, la magnificencia y el gusto de nuestros teatros, etc., y acto continuo de poner en parangon el estado de atraso en que se halla la China. Pues bien, todo esto rayaria en la mayor groseria en un pais donde la etiqueta exige que cada cual desprecie lo que le pertenece para ensalzar lo que pertenece á los demás. Véase como se hablan dos chinos al encontrarse:—«¿Cuál es vuestro ilustre pais?» Soy de la modesta provincia de Chi-li. Allí tengo mi pequeño albergue y tengo la esperanza de que si alguna vez os encontrais por aquel pais, os dignareis honrarlo con vuestra noble presencia.—Seria para mí un honor el ser admitido en vuestra hermosa casa. ¿Cuántos

miles de monedas de oro teneis? (es decir *cuantas hijas*, pues cada hija está evaluada en mil monedas de oro).—Tengo tres que aunque feas son vuestras servidoras.» Y continuarían de este modo prodigándose mutuamente cumplimientos que á nosotros nos parecerian ridiculos y enojosos.

Los libros de que se sirven para aprender á leer son extractos del cuarto y quinto clásicos ó sagrados. En el tomo cuarto, Confucio da minuciosas reglas para la educacion de los niños jóvenes y adultos de ambos sexos. Explica hasta la manera de lavarse la boca y las manos, de meterse los pantalones, de atarse los zapatos, y tambien indica á las mujeres cómo deben peinarse y perfumar sus cabellos. No olvida el autor de dar las reglas de cortesía y de etiqueta que se deben observar con los superiores, iguales é inferiores. Probablemente es el libro que mas ha contribuido á formar el pueblo chino, tal como es hoy dia en sus relaciones, y que ha hecho de él el mas cortés de todos los pueblos.

En China es donde he perdido la opinion que tenia formada respecto del desafío, que yo creia útil, como la generalidad de las personas, para que los hombres fuesen corteses y delicados. Los chinos no tienen la menor idea del desafío ó duelo, y sin embargo nada puede igualar á las consideraciones que se tienen unos á otros, solo por el temor que domina á cada cual de pasar por grosero y de ser castigado por el desprecio general. Es precisamente lo que sucede en Europa entre los sacerdotes y entre las señoras; que no necesitan el duelo para abstenerse de toda insolencia.

Cuando se quiere hacer una visita, se manda con algunas horas de anticipacion una tarjeta á la persona que se desea ver. Entre personas de mucha etiqueta se manda la vispera. Cuando un superior visita á un inferior ó en ciertos casos de pronto, se hace pasar la tarjeta antes de entrar en la casa. La tarjeta consiste en un pliego de papel rojo mas ó menos grande, segun el respeto que se quiere demostrar. Los

nombres y títulos del portador están escritos mas arriba ó mas abajo, y con caracteres mas ó menos grandes, segun los deseos que se tengan de aparecer humilde ó altivo. La persona á quien se va á ver se niega, algunas veces, bajo cualquier pretexto á recibir la visita, pero se considera obligada á volverla.

Por poca consideracion que se quiera demostrar á la persona que visita, se la sale á recibir á la puerta de la casa, y se hacen repetidas reverencias á cada puerta por donde pasan, hasta llegar al salon de recibo. Muchas ceremonias tienen lugar antes de sentarse, rehusando la visita el sitio de preferencia, y empeñándose á que lo acepte el dueño de la casa. Seria abusar del lector si yo describiese minuciosamente todas las ceremonias de una visita, desde el principio hasta el fin de ella. Los indígenas las practican maquinalmente y á fuerza de práctica. Para nosotros son en extremo pesadas.

Sirve un criado el té. Cada persona tiene su taza que contiene algunas hojas de té: vierten sobre ellas agua hirviendo, y cubren la taza con su tapaderita. No se conoce en China el uso del azúcar ni de la leche.

Si el tiempo es caluroso, el dueño de la casa invita á las visitas á que hagan uso del abanico que cada uno lleva colgado del cinturon; pues seria impolítico el no llevarlo.

Traen varias pipas y fuman durante la conversacion. Cuando son todos amigos de mucha confianza y hace calor, se les invita para que se quiten los sombreros y ropas exteriores.

Al marcharse una visita, el dueño de la casa la acompaña hasta la última puerta, por mas que el primero le quiera detener á cada puerta por donde pasan diciéndole: *pou-kan, pou-kan* (no puedo, no puedo; es decir, no puedo aceptar este honor).

En Europa, las maneras finas y atentas de la gente bien educada suelen considerarse por las personas ordinarias y groseras como una afectacion enojosa. Esto sucede á los europeos que van al Celeste Imperio. Encuentran insoportables las ceremonias de los chinos, y se

portan con ellos con una grosería y libertad de maneras que provoca por parte de los chinos igual comportamiento. Hé aquí una de las principales razones por las que los chinos nos consideran como bárbaros.

Uno de los buenos efectos que producen las maneras finas y delicadas de los chinos, es evitar las riñas y querellas entre la gente del pueblo, que en Europa ocasionan á menudo lances sangrientos. Nada tiene, pues, de particular que en vez de llamar á los europeos *estrangeros*, les llaman *fan-quei* ó *diablos*, al considerar las maneras ordinarias y la insolencia con que se portan.

SINIBALDO DE MAS.

INTRIGA Y PASION.

(CONTINUACION.)

La condesa explicó en breves palabras el objeto de su visita. Habian oido, la dijo, que acababan de llegar de Francia, y sentian extraordinariamente saber que eran emigrados. Ella y su hermano sabian lo que era la emigración, y habian vivido en la pobreza en los arrabales de Londres durante 16 meses; la dijo tambien que eran víctimas de su adhesión á los Borbones, pero estaban ciertos ahora de que podrian volver con toda seguridad, y de que les devolverian sus bienes; pero deseaban saber detalles acerca del estado de los negocios en París, y si podrian contar con certeza con las promesas que les habian hecho.

Jerónimo habia advertido á su hermana, que no hablara de política con nadie en Inglaterra, y obedeciendo este consejo, permaneció silenciosa en esta ocasion.

—¿A qué hora podria encontrarse mas facilmente á vuestro hermano en casa? preguntó la condesa.

—Sale generalmente á las nueve, y no vuelve hasta las cinco ó las seis, contestó Antonieta.

—¿Seria mas conveniente citarle antes de las doce, ó por la tarde?

—Estoy cierta que mi hermano se alegrará mucho de veros á cualquier hora, la que sea mejor para vos; es decir, á cualquier hora que no impida sus ocupaciones de fuera.

—¿Sus ocupaciones? Es decir, que ha sido bastante afortunado para obtener un destino.

—Sí.

—¡Ah! continuó la condesa, mi desgraciado marido no sirvió para destino alguno. La pérdida de su posición y de su fortuna destruyó su energía, y yo era la que tenia que trabajar para mantenernos.

—¿Y cómo lo hacíais?

—Dando lecciones de francés, de dibujo y de música en las escuelas.

—Mi hermano no me permite que trabaje, y lo siento, porque parece muy duro que él lleve todo el trabajo, mientras yo permanezco ociosa en casa.

—Supongo que la ocupación de vuestro hermano será de un género literario.

—Sí, está empleado por un periodista, y rara vez deja la pluma de la mano.

—Esperemos días mejores; la dinastía presente no puede durar mucho tiempo. ¡Qué perrito tan lindo es este!

(Es a observación fue hecha con referencia á un pequeño perro de aguas que estaba medio dormido sobre la alfombra.)

—Sí, dijo Antonieta; el pobre Fiel fue el compañero de nuestra fuga. No sé qué seria de mí sin él, durante el tiempo que está fuera mi hermano; es mi único compañero.

Los ojos de Mr. de Clairant no estaban ociosos mientras duró la conversacion entre la condesa y Antonieta; examinó el cuarto y todo lo que contenia, observando, entre otras cosas dignas de atención, los nombres y señas de varias cartas que estaban cerradas para enviarlas á Francia.

—¡Qué parecido tan admirable! exclamó la condesa fijando la vista en un pequeño retrato de la difunta reina, que se hallaba colgado en a pared.

—La reina era mi madrina, dijo Antonieta; este retrato se le dió á mi madre pocos días antes de su muerte.

—¿De veras?

—¿Habeis visto alguna vez una pintura tan grande en marfil?

—¿En marfil?

—Voy á descolgarle, y os lo enseñaré; es una cosa muy curiosa. Mirad, este pelo que está aquí detrás es de la reina.

Antonieta tocó un resorte, y abriendo una chapa de oro, sacó un largo rizo de la cabeza de la hermosa hija de Maria Teresa.

—¿Quereis ver tambien el retrato del rey? dijo Antonieta.

—¡Oh! con mucho gusto, contestaron á la vez De Clairant y la condesa.

Antonieta salió de la habitación por algunos instantes, y volvió con un pequeño retrato al óleo que habia tomado del tocador de su hermano. Durante su ausencia, la condesa y De Clairant cambiaron miradas muy significativas.

—Este retrato, dijo Antonieta, fue tambien regalo de la reina á nuestra familia. ¡Ah! muchas veces pienso que hubiera sido mejor que todos nosotros hubiéramos perecido en el mismo cadalso. Se puede llevar con paciencia la pérdida de la salud y aun de la riqueza; pero perder nuestro rango, nuestra posición, nuestra importancia... ¡esto es demasiado cruel!

—En efecto, señorita; pero vos no debeis alimentar estas tristes ideas. La dinastía actual no puede durar mucho tiempo, y está cerca el momento de que volvais á vues ra amada Francia con gloria y con honor.

—¿Creeis que podremos venir mañana á las diez de la mañana á veros á vos y á vuestro hermano sin distraerle de sus ocupaciones?

—¡Oh! desde luego. En cuanto a mí no necesito contestar, pero por parte de mi hermano estad ciertos de que tendrá tanto placer en conoceros como yo misma.

—Sois muy buena. Adios, dijo la condesa.

—Hasta mañana, contestó Antonieta estrechando ardientemente la mano que la presentaba la condesa y contestando con gracia al saludo de Mr. de Clairant.

—No hay duda alguna, dijo De Clairant á la condesa, ya en la calle, que estos son los que buscamos y que el joven es Disco; pero jamás me he sentido tan avergonzado de mi profesión, ni tan humillado en mi propio corazón, como cuando vi á esta bella joven besar los cabellos de Maria Antonieta. Mis nervios temblaban y mi sangre se heló cuando toqué aquel rizo.

La misma idea habia pasado en el mismo instante por la imaginación de la condesa de Calmet, pero no se lo confesó á su compañero; al contrario: —¡Bah! le dijo, estamos comprometidos con Fouché. Yo amaría á esta joven.

—¡Amar! ¿Un pobre espía pue le amar?

Cuando la condesa y De Clairant volvieron á su hotel, supieron que el conde y la condesa de Zine (los padres de lord Brenton) estaban esperando en su cuarto. Cuando se presentaron á ellos, encontraron á lady Zine llorando, y al conde paseando por la habitación en un estado próximo á una enagenación. Lord Brenton se habia vuelto loco, y los médicos, en una consulta, habian declarado, que la única esperanza que habia de que recobrar su razón, era la de que llegara á poseer el objeto de su violento amor. Lady Zine, por lo tanto, imploraba de la condesa que escuchara la súplica de su hijo y enumeraba las muchas buenas cualidades que tenia, mientras que lord Zine llevó aparte a Mr. de Clairant y le suplicó que hiciera cuanto pudiese para inducir á la condesa á que se casara con lord Brenton.

La condesa se afectó bastante oyendo los detalles de la locura del lord Brenton, pero aseguró á lady Zine con una franca firmeza que la era natural, que no podia por consideración alguna llegar a ser la esposa de su hijo, porque no le amaba; y De Clairant manifestó del mismo modo al lord Zine (que era un hombre de mundo), que él no se mezclaria de ningún modo en esto, porque en asuntos de amor, la in-

tervención de terceras partes era generalmente contraria á los intereses que se querian sostener.

—¿Querria la condesa, dijo lady Zine, ver á lord Brenton? ¿querria en todo caso calmarle y darle algun alivio por el pronto?

La condesa acudió y en el mismo momento hicieron los preparativos y la condesa de Zine y la de Calmet se encaminaron bien pronto á la casa donde estaba lord Brenton, que se hallaba á treinta y dos millas de Londres. De Clairant permaneció en la ciudad y aceptó la invitación del lord Zine de quedarse con él hasta que volvieran las señoras a la mañana siguiente.

VI.

—¿Cómo ha pasado el lord la mañana? preguntó lady Zine con impaciencia á un criado.

—Como de costumbre, milady, contestó este. Pero ha cambiado la idea que tenia de ser el príncipe de Gales; ahora dice que es Dario, rey de Persia y ha estado en una terrible batalla contra los griegos, desde las diez de la mañana; temo que este aun en ella, porque le he oido llamar pidiendo un nuevo caballo.

Lady Zine abrió la puerta del cuarto de su hijo que se abalanzó para escaparse; la condesa de Calmet habia quedado fuera.

Cuando lord Brenton vió á su madre, concluyó rápidamente un ataque desesperado al flanco del enemigo y entonces se cambió en su imaginación en Petrarca, en el mismo cuyos huesos han sido depositados en su tumba hace tantos años y empezó á recitar sonetos improvisados y que eran, sin embargo, mejores que muchos de los que se publicaron á veces en los periódicos.

—He traído á Laura para que la veais, dijo lady Zine siguiendo la última manía de su hijo.

—Entonces, dejadme que la vea. ¿Dónde está? exclamó.

—Está esperando en la sala; pero estaos quieto y tranquilo; sentaos en esta silla tan cómoda y esperad pacientemente que venga Laura.

Lord Brenton se sentó y lady Zine salió de la habitación volviendo en seguida con la condesa. Cuando este hombre demente vió el ser que le habia causado su enfermedad, se puso pálido como la muerte y cubriéndose el rostro con las manos lloró amargamente. La condesa hizo seña á lady Zine que los dejara; este mandato silencioso fue obedecido en silencio aunque con repugnancia.

—¿Habeis estado malo? dijo la condesa con tono carinoso.

—He estado loco, dijo lord Brenton despues de una pausa. Se ahora mi estado, porque he recobrado mi juicio. ¡Cuán buena sois porque venis á verme!

—No, vos no habeis estado mas que malo; pero os pondreis mejor, viajareis y me pagareis la visita en mi castillo; ¿no quereis?

El joven lord no contestó nada, pero arrodillándose ante ella, miró de un modo suplicante su rostro angelical. Esta era la prueba mas severa que habia sufrido jamás el corazón de la condesa. Su piedad por su amante habia despertado ya su amor hacia él.

—¿Marchais pronto de Inglaterra? la dijo.

—No inmediatamente.

—¿Habeis hallado al fugitivo?

—Sí.

—¿Está realmente loco?

—Su cerebro está algo afectado, pero no necesita mas que reparo por algun tiempo.

—Como está De Clairant?

—Muy bien. Quiere visitaros mañana si estais bastante bien para recibirle.

—¡Oh! sí, estare bastante bien. ¿Habeis sabido algo últimamente de vuestro amigo Fouché?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Escribe en un sentido muy bueno.

—¿No era mi madre la que habia entrado con vos en esta habitación?

—Sí, ¿quereis verla?

—Ahora.

—¡Qué día tan encantador! exclamó la condesa, yendo á una de las ventanas (que habia sido clavada y que tenia hierros por la parte exterior).

—Sí, muy encantador, replicó lord Brenton, siguiéndola y mirando á la pradera al mismo tiempo que ella. ¡Qué cosa tan extraña es la locura! murmuró.

—Sí, pero vos no estais loco, solo que creéis haberlo estado.

—No lo estoy ahora, y pondría en un compromiso á todos los doctores, legistas y teólogos que quisieran probármelo en vuestra presencia. En este momento daría una cuenta sucinta de mi vida, desde que tenia cinco años hasta hoy, ó mas bien hasta que fui encerrado en este cuarto, porque desde entonces no sé qué ha sucedido ni qué tiempo ha pasado. No hay cosa alguna sobre la cual no pueda hablar ahora razonablemente. Pero os veo y os hago una segunda oferta apelando á vuestra humanidad para que decida en mi favor; y al decir esto cogió la mano de la condesa.

—Escuchadme, le dijo esta, y dejadme que os cure de vuestra obstinacion. Sé que sois un hombre de honor y que no divulgareis jamás lo que voy á deciros; no quiero exigiros una palabra solemne respecto á esto, porque sé que semejante petición es innecesaria.

Lord Brenton se inclinó en señal de asentimiento.

—Escuchadme, repitió la condesa, no soy la persona que vos suponeis.

—Entonces ¿estoy aun loco, querida condesa? ¿Me engañan mis ojos?

—No, no estais loco ni os engañan vuestros ojos; pero no soy la condesa de Calmet, no soy mas que María de Saint Cyr, la viuda de un hombre de distincion. Soy una espía nada mas, lord Brenton, y con una persona tal, difícilmente deseariais enlazaros.

—Os repito ahora mi oferta de casarme con vos.

—No, no puedo; no quiero casarme con vos; no porque mi corazón esté ya comprometido, porque esto no fue mas que una excusa inventada en parte por deshacerme de vos, y en parte por mi propia conveniencia. Escuchadme, no tengo corazón; soy completamente extraña al amor ó á la pasión. Este bello exterior que admirais, carece de alma en su interior; mi vida entera no ha sido mas que un engaño prolongado. No vengo á Inglaterra á espiar los negocios de la nacion, sino á descubriré inducir á que vaya á París á un francés que ha ultrajado al emperador y que ha atentado contra la ley de su país.

—No me importa, sed mi mujer; no me interesa lo que hayas sido, sino lo que sereis.

—¿Qué puedo haber sido? Milord, he tenido centenares de hombres á mis pies; hubiera podido ser esposa de hombres de tan alto rango como vos, pero ningun hombre del mundo me ha inspirado jamás un sentimiento por este estilo.

—¿Puedo besar esta mano?

—Sí.

—¿Puede ser mia?

—Es imposible.

—Entonces concededme un favor; ya que no puedo poseer el original, dadme vuestro retrato.

—¡Miradle! me he anticipado á vuestra súplica; esta miniatura está hecha por uno de los primeros artistas de París; es vuestra.

Lord Brenton estrechó el retrato contra sus labios y quedó tan tranquilo, y al parecer tan satisfecho, que la condesa despues de recordarle la necesidad de conservar secreta la revelacion que le habia hecho (aunque le repitió que no le exigia promesa especial de hacerlo así) propuso que lady Zine fuese llamada á aquella habitacion.

Despues de tomar algunos refrescos, la condesa partió para Londres, pero lady Zine quedó con su hijo. Los ojos de este se fijaban á cada instante en el retrato y prorumpia alternativamente en lágrimas y en carcajadas, pero

nadie le hizo pronunciar ni una sola sílaba; no tenia mas manía que la de estar en un mutismo completo, y aunque sus labios se movian continuamente, no hacia nunca uso de las funciones de la voz.

(Se continuará.)

JOHN LANG.

ROBERTO EL DIABLO.

(DEL ALEMAN.)

I.

Allá, en los primeros tiempos, vivia en Normandía un duque llamado Huberto, valiente y noble, bondadoso y caritativo, y que á todos hacia justicia. Con el beneplácito de los notables del país habia contraído matrimonio con la hermosa, devota y modesta hija del duque de Borgoña, fijando su residencia en la ciudad de Rouen. Moraban en ella respetados y queridos de sus súbditos, y nada hubiera faltado á su felicidad si Dios les hubiera proporcionado hijos; pero no tuvieron esta suerte, á pesar de no haber cometido falta alguna. Amaban, en efecto, y respetaban á Dios, frecuentaban los templos, repartian grandes limosnas, trataban á todos con dulzura y humanidad, y reunian en sí toda clase de virtudes, sin embargo de lo cual vivieron diez y ocho años sin que su matrimonio obtuviera fruto de bendicion. Un día que el duque iba de caza, caminando pensativo y sumamente afligido, empezó á decir para sí, al ver no pocas mujeres con hermosísimos niños: «Me convenzo de que estoy aborrecido de Dios, y será un milagro que no me vuelva loco.» De esta manera el diablo, que siempre está dispuesto para engañar á los hombres, tentaba al duque que volvió de caza en la mayor agitacion. Al manifestar á su esposa la pena que le atormentaba, se trastornó de tal modo el ánimo de esta, que en medio de su locura, dijo para sí: «Sí, debe de ser cosa del diablo, toda vez que Dios no tiene poder para darme hijos. Si llego á tener uno, á él me he de entregar en cuerpo y alma!»

Desde aquel momento se sintió en cinta la duquesa, y cuando llegó el tiempo oportuno ocurrió una cosa extraordinaria. Un mes entero estuvo con terribles dolores, temiéndose que no podria salir de su estado sin gran trabajo, y en efecto, á no ser por los ruegos, rigurosas penitencias y buenas obras de los suyos, hubiera muerto con su hijo. Sus damas, que estuvieron presentes, notaron con terror las extraordinarias señales que acompañaron al alumbramiento. Al nacer el niño aparecieron unas nubes tan oscuras como si fuera de noche, tronó horriblemente, y los relámpagos se sucedian unos á otros como si hubiera llegado el fin del mundo y se abriera el firmamento. Los vientos se habian desencadenado y soplaban con tal fuerza, que hacian temblar la casa, cayéndose al suelo trozos de las paredes. Todos los circunstantes, señoras y caballeros, que presenciaban aquella horrible tormenta, creyeron verse sepultados entre ruinas, hasta que al fin quiso Dios que cesara la tempestad y reapareciera sereno el día. La criatura que entre tanto habia nacido era un muchacho, que al venir al mundo estaba ya tan crecido como si tuviera un año, quedándose admirados todos los que le vieron. En la pila bautismal recibió el nombre de Roberto, no oyéndosele llorar ni gritar cuando le llevaron y le trajeron de la iglesia, y al poco tiempo echó unos dientes tan grandes con los que mordía á las amas, que ninguna le quiso dar de mamar, viéndose obligado á chupar de un cuerno que le ponian en la boca. Antes de cumplir un año andaba perfectamente, y hablaba tan claro como otros niños de cinco años, y cuanto mas crecia, mas se manifestaba en él su mala índole, no pudiendo nadie contenerle, y si encontraba á otros niños les daba de puñetazos, les tiraba piedras ó les arañaba en los ojos. Frecuentemente se reu-

nian los muchachos en la calle para reñir con él; pero al verle no se atrevian á hacerle frente, sino que gritando:—«¡Que viene Roberto el Diablo!» echaban á correr como las ovejas ante el lobo, así que bien pronto todos los niños que le conocian le llamaban Roberto el Diablo, quedándole despues este nombre.

De esta manera pasó Roberto su niñez, y los nobles del país que le veian se alegraban: decian que esto era cosa de muchachos, y creian que ya pasaria; pero al fin comprendieron su perversidad. Así como la mala yerba no se pierde, así Roberto tambien crecia en ánimo y en picardías, corriendo por las calles, golpeando y tirando al suelo todo lo que encontraba, y haciendo gestos como un desesperado. Cuando tuvo ya seis ó siete años le llamó el duque, que veia y conocia sus malas mañas, y le dijo:—«Hijo mio, ya es tiempo de que tengas un maestro que te dé instruccion y te enseñe buenas costumbres, pues cuentas con edad para ello.» Roberto se conformó con esto, y entonces le escogieron un maestro bueno é instruido para que le dirigiera y enseñara. Pero ocurrió un día que queriendo el maestro castigarle por algunas picardías, sacó Roberto una daga del bolsillo y dió al maestro una puñalada en el vientre de la que quedó muerto en el acto. Entonces arrojó Roberto su libro sobre el muerto, exclamando:—«¡Ahí tienes tu sabiduría! ¡No quiero mas sacerdotes ni frailes para maestros!» Desde entonces no se pudo encontrar maestro alguno que quisiera encargarse de su enseñanza, viéndose en la necesidad de dejarle abandonado á sí mismo para que siguiera su antojo: pero él se dedicó á todo lo malo, no quiso aprender nada de nadie, llegando al extremo de burlarse de Dios y de su Santa Iglesia.

Cuando el duque veia las depravadas inclinaciones de su hijo y su mala vida, hubiera deseado que no hubiera nacido, y la misma duquesa estaba sumamente afligida por él, tanto que un día dijo á su esposo:—«Nuestro hijo tiene ya edad suficiente y está bien desarrollado; me parece que lo mejor seria armarle caballero para ver si cambiaba sus malas costumbres.» Convino en ello el duque, aunque Roberto no tenia mas que diez y ocho años, y un día de Pascua reunió á los principales barones y nobles del país, presentándoles su hijo Roberto: despues de oír la opinion de los presentes, le dijo:—«Roberto, hijo mio, oye lo que con el parecer de mis buenos amigos te voy á decir: he determinado hacerte caballero para que en adelante te reunas con los nobles, te ejercites en las virtudes de caballero y corrijas tus costumbres, que á todo el mundo desagradan.» A lo que contestó Roberto:—«Padre mio, podeis hacer lo que gusteis. Por lo que respecta á mí me es indiferente ser mas ó menos, pues estoy resuelto á seguir obrando como hasta aquí, importándome poco ser caballero;» y al decir esto se retiró. Sin embargo, á la mañana siguiente fue armado caballero, y el duque con este motivo hizo pregonar un torneo, al que debia asistir tambien el caballero Roberto, que á nada temia, ni á Dios ni al diablo. Apenas se empezó el espectáculo, se vieron caer varios caballeros por tierra, pues Roberto el Diablo luchaba como un leon, no perdonaba á nadie, y derribaba cuanto encontraba al paso: al uno le rompió los brazos, á otro las piernas, y á un tercero le dejó muerto, no habiendo ninguno que hubiera peleado con él que no estuviera mal herido, dejando diez caballos tendidos en tierra. Cuando se lo anunciaron al duque se puso muy irritado, se trasladó en persona á la barrera, y mandó bajo grandes penas que se detuvieran y no corrieran mas. Pero Roberto, que se hallaba sobreescitado y como poseído de un vértigo, no quiso obedecer á su padre, y continuó repartiendo golpes á derecha é izquierda y derribando caballos y caballeros, y aunque todos los circunstantes le gritaban que se detuviera, era en vano; solo cuando vió que no habia ya nadie en el circo, fue cuando metió espuelas á su caballo y salió al campo en

busca de aventuras. Allí reunió varios facinerosos y empezó á robar mujeres y doncellas, asesinando á los hombres; así que en poco tiempo no hubo en toda Normandía persona alguna á quien no hubiera maltratado, ni iglesia ni convento que no hubiera saqueado y destruido. El duque recibía continuamente mensajes acerca de la vida que Roberto llevaba. El uno decía:—«Vuestro hijo ha deshonrado á mi mujer;» el otro:—«Me ha robado mi hija;» un tercero:—«Me ha quitado cuanto poseía;» otro añadía:—«Me ha herido mortalmente.» Todas estas noticias afligían profundamente el corazón del duque, y le hicieron derramar abundantes lágrimas y exclamar entresollosos:—«¡Dios mío! Muchas veces te he pedido que me dieras un hijo; ahora que le tengo me causa tantos pesares, que no sé lo que he de hacer; por esto, pues, te suplico, buen Dios, que me proporciones un remedio

capaz de consolarme en mi aflicción y de salvar á mi hijo de su perdición eterna!»

Al ver uno de los servidores del duque la profunda tristeza de que se hallaba poseído su señor, se decidió á aconsejarle que enviara á buscar á su hijo Roberto y le hiciera volver á la corte, para echarle en cara, en presencia de sus nobles y amigos, su conducta, y mandarle dejar tan mala vida; y que si no accedía, le tratase como á un extraño, encerrándole en una prisión y aplicándole el castigo que mereciera. Convino en ello el duque, y dió las gracias al caballero por su buen consejo, enviando en seguida gente en busca de su hijo, con orden de traerlo á su presencia en cuanto le encontrasen. Precisamente se hallaba Roberto en el campo cuando recibió la noticia de que el pueblo había ido en masa á quejarse de él: al poco tiempo llegaron también los mensajeros que el duque le enviaba,

pero Roberto les mandó sacar los ojos, diciéndoles:—«Ahora ya podeis dormir tranquilos, señores míos! ¡Marchad, y decid á mi padre, que á pesar de su encargo, os he sacado los ojos!» Los pobres ciegos volvieron llorando á la residencia del duque, y le dijeron:—«¡Señor, mirad cómo nos ha puesto vuestro hijo Roberto!» Al ver lo cual el duque, se encolerizó en extremo, poniéndose á pensar cómo podría poner seriamente término á las maldades de su hijo.

Para esto reunió un consejo privado, y á propuesta de uno de sus nobles mas sabios, espidió á toda prisa correos á todas las ciudades y baronías, y mandó á todos los oficiales y justicias de sus Estados, que empleasen la mayor diligencia á fin de apoderarse de su hijo Roberto. Cuando este y sus compañeros tuvieron noticia de la resolución del duque, se espantaron, y juraron hacer la guerra á su



Intriga y pasión.—El autor *Disco* se descubre á sí mismo. (Cap. VIII)

padre y destruir el país. En seguida hizo Roberto construir una casa fuerte, que le sirviera de habitación, en un espeso y oscuro bosque, sitio inhabitable y horrible, rodeado de ásperas rocas, que mas bien que vivienda de hombres parecía morada de bestias feroces. Allí reunió á su alrededor una porción de asesinos y ladrones; en fin, lo que hubiese de mas malo en el mundo, y constituyéndose en capitán de semejante canalla, se entregaban en este bosque á los mayores crímenes, asesinando y robando á los que pasaban por el camino, de modo que nadie se atrevía á salir, por temor á Roberto *el Diablo* y su banda.

Un día que Roberto dejó su guarida para ir al bosque encontró en medio de él á siete ermitaños que seguían tranquilamente su camino, y cayendo sobre ellos empezó á darles de cuchilladas. Aunque estos eran hombres de suficiente valor para poder defenderse, sin embargo, no le opusieron resistencia, sino que se propusieron sufrir, por amor á Dios, lo que con ellos hiciera; á pesar de lo cual asesinó á todos siete, diciendo en tono de burla:—«Vaya

un magnífico nido de santos que he cogido; ya tienen todos ellos su corona de martirio.» Después de este hecho horrible abandonó el bosque, como un demonio que sale del infierno, con todos sus vestidos manchados de sangre, y de este modo anduvo corriendo por los campos hasta llegar á las cercanías del castillo de Dazques, á donde se dirigió, por haberle dicho un pastor que su madre la duquesa había venido aquel mismo día al referido castillo. Al acercarse, todos los que le veían echaban á correr, como las liebres á la vista de los perros, encerrándose los unos en sus casas, y refugiándose los otros en la iglesia. Por la primera vez observó esto Roberto, y por la primera vez también empezó á reflexionar sobre sí mismo, hasta que al cabo, suspirando profundamente, y prorrumpiendo en amargo llanto, exclamó:—«¡Dios omnipotente! ¿Cómo es que todo el mundo huye al verme? ¡Seguramente soy muy desgraciado y muy perverso, pues me tratan como si fuera un apestado ó un judío, y mi vida debe ser muy abominable y muy odiosa

cuando tan abandonado me veo por Dios y por los hombres!» Sumido en estos pensamientos, y lleno de profunda pena, llegó á la entrada del castillo y saltó de su caballo; pero no habiendo allí nadie que se atreviera á acercarse y á tenerle el caballo, tuvo que conformarse y atarle él mismo á la puerta, dirigiéndose después, con la espada aun ensangrentada en la mano, hacia el pórtico, en que cabalmente se hallaba su madre la duquesa.

Cuando esta vió venir con la espada desnuda á su hijo Roberto, cuya gran crueldad conocía, se horrorizó y quiso huir; pero Roberto la gritó desde lejos:—«¡Querida madre, no os asustéis de mí, por amor de Dios, deteneos, tengo que hablaros!» En seguida se acercó á ella con la mayor sumisión, tiró su espada, y dijo:—«¡Madre, decidme, os lo suplico, ¿cómo es que soy tan impío y tan perverso? Os ruego me digáis la verdad, toda vez que esto debe ser por causa vuestra ó de mi padre!» La duquesa quedó asombrada al oír hablar así á su hijo, y llorando amargamente se arrojó á sus pies y le dijo:—«¡Hijo mío, má-

tame en el acto!» espresándose así, porque sabía muy bien que ella era la causa de las maldades de su hijo. Roberto, sin embargo, la contestó con la mayor tristeza:—«¡Ah, madre mía, ¿por qué he de mataros? ¿No he hecho ya bastante mal? Y aun cuando me hallara dispuesto á hacerlo, ¿seria peor de lo que soy? Os suplico, pues, me digais lo que deseo saber.» Al oír la duquesa tan humildes súplicas, le contó punto por punto todo lo sucedido, y como ella le prometió al diablo aun antes de que naciera. Todo esto se lo dijo con el mayor sentimiento, concluyendo su relacion con estas palabras:—«¡Ay hijo mio, soy la mas desgraciada de todas las mujeres, pues si tú eres un impío y un condenado, solo yo tengo la culpa!» Entonces cayó Roberto cuan largo era al suelo con una gran convulsion, y así permaneció mucho tiempo sin poder levantarse, hasta que, rompiendo en llanto, exclamó para sí:—«Aunque los diablos se han apoderado de mi alma y de mi cuerpo, quiero desde ahora renunciar á sus infernales obras, y dejar de hacer mal.» Despues dijo á su madre, que se hallaba sumamente afligida y acongojada:—«Respetable señora y madre mía; os ruego encarecidamente, que me recomendéis al duque mi padre, pues pienso ir en peregrinacion á Roma á confesar todos mis horribles crímenes, no pudiendo ya estar tranquilo hasta que no lo haya verificado.» Y diciendo esto, dejó á su madre, montó á caballo á toda prisa, y se volvió á su bosque. La duquesa quedó sin consuelo ni esperanza entre tanto, llorando por sí misma y por su hijo; llegó el duque, y al verle ella, rompió de nuevo á llorar, y contó á su esposo la venida de Roberto y lo que la habia dicho. El duque preguntó si se habia mostrado Roberto arrepentido de los muchos crímenes que habia cometido, y ella le dijo:—«Sí, y quiere ir á Roma á obtener el perdon de sus pecados.»—«¡Ay! exclamó el duque suspirando; todo es en vano, ¿cómo ha de remediar los daños que ha causado al pais? Sin embargo, pediré al Todopoderoso que lleve á cabo su propósito, pues no creo que se pueda arrepentir nunca, si Dios no se compadece de él »

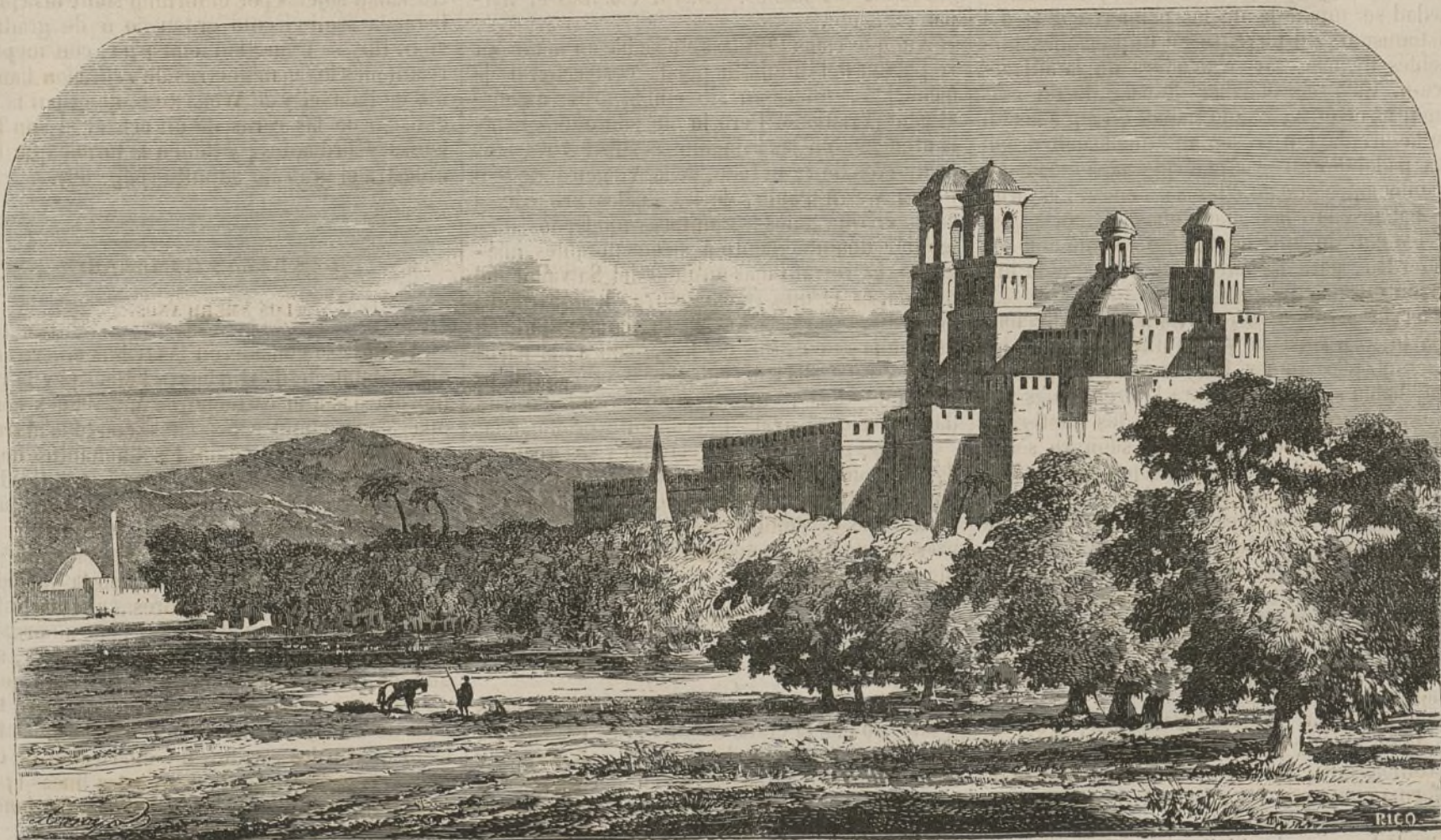
Roberto volvió á su guarida del bosque, donde sus compañeros de oprobio se hallaban sentados á la mesa: al verle se levantaron en señal de deferencia, y entonces empezó Ro-



Las razas humanas.—Tipos americanos.

berto á hacerles reflexiones sobre su vida, diciéndoles:—«Ya sabeis, compañeros, que la

horrible vida que hasta aquí hemos llevado es perjudicial para el cuerpo y para el alma, y



El palacio de Banswarra.

que conduce al camino de la condenacion eterna, si no volvemos en nosotros mismos, y no se compadece Dios de nosotros: por esto, pues, os suplico que reflexioneis en ello y renunciéis á vuestros crímenes. Por lo que á mí hace, pienso ir á Roma á confesar mis pecados, á hacer penitencia, y Dios mediante, á obtener su perdon.»

(Se continuará.)

LAS CATACUMBAS DE ROMA.

II.

No debemos omitir que, en varios sitios de las catacumbas, se encuentran fuentes ó cisternas dispuestas de manera que hace creer con mucho fundamento á los autores de la *Roma subterránea*, que aquellos lugares habian servido para la administracion del santo bautismo. Serian, pues, aquellos los bautisterios primitivos, y de este modo habian colocado los cristianos la cuna de sus nuevos hermanos junto al sepulcro de sus antiguos héroes.

Han estraido de las catacumbas la mayor parte de los adornos y objetos de antigüedad cristiana que han podido descubrir, y los han reunido para el *Museo sagrado del Vaticano*. En dicho Museo, mejor que en la misma profundidad de las catacumbas, es donde se puede estudiar hoy día los primeros monumentos del cristianismo; y con mucho mayor motivo cuando la autoridad pontifical ha prohibido el que se recorran las catacumbas mas profundas, tapiando sus entradas, á causa de los frecuentes hundimientos que en ellas tienen lugar. Graves accidentes, aventuras trágicas, como, por ejemplo, la que sucedió al pintor francés Robert, y que proporcionó á Delille uno de los mas bellos episodios de su poema de la *Imaginación*, han disminuido mucho el celo de los curiosos y de los anticuarios. La visita á las catacumbas se limita generalmente á un rápido golpe de vista en la catacumba de San Sebastian, situada en la via Apia.

«Cuando se tiene el valor suficiente para recorrer las mas vastas catacumbas, dice M. Raoul-Rochette, se experimenta en ellas un conjunto de emociones y de recuerdos difíciles de describir. En aquellos lugares, aunque desnudos ya de sus preciosidades; en aquellas profundas soledades cubiertas de luto, con los sepulcros vacíos, donde la imagen de la antigüedad se une á la de los primeros días del cristianismo, un torrente de impresiones imposibles de expresar se apodera de la imaginación. Es preciso haber descendido en esas inmensas criptas, por lo menos en aquellas en que la circulacion no sea aun demasiado difícil para poderse entregar con alguna seguridad á las emociones que en ellas se sienten; es preciso haber visto las catacumbas, haberlas recorrido con un guía inteligente, ó solo con sus recuerdos, para formarse una idea de la impresion que producen.»

Las *salas* ó *cubiculas* son, sin contradiccion, la parte mas curiosa y mas interesante de las catacumbas cristianas. Hemos ya dicho que ese lugar habia sido elegido para las reuniones religiosas y para la celebracion de los misterios. El augusto sacrificio se ofrecia siempre sobre el sepulcro de un mártir. Ese sepulcro cubierto de mármol, y algunas veces solo de una sencilla piedra, estaba colocado en el centro, y se llamaba *memoria*, *martyrium*, *titulus* ó *confessio*. Los ministros sagrados se colocaban en derredor, y el resto de la asamblea en la sala. Como estas reuniones se prolongaban generalmente muchas horas, se habian construido sillones en el espesor de la pared para mayor comodidad de los asistentes.

Algunas veces, aunque las menos, el sepulcro de un mártir era un sarcófago, parecido á las tumbas antiguas de este nombre, tanto por la forma como por los adornos. Se encuentran generalmente grabados, en su parte anterior, y en los lados, pasajes bíblicos, escenas alegóri-

cas, el monograma del Cristo, la X y la P entrelazadas, ó sencillamente una cruz.

Esos sarcófagos de los mártires sirvieron de tipo para los altares que vemos en nuestras iglesias, y aunque muchas veces se ve alterada la forma primitiva, no por esto deja de ser el principio y verdadero modelo. ¡Cuán bellos y sentimentales recuerdos traen á la memoria los altares de los primeros cristianos! ¡Aun corria, por decirlo así, la sangre de los mártires sobre el ara cuando se celebraban en ella los sagrados misterios! ¿Quién puede comprender hoy, el arrobamiento religioso, la exaltacion de la fe que debian resultar, en las almas ardientes de los primeros cristianos, de esa relacion misteriosa entre las tumbas y los altares? Antes de pasar á la descripcion de las principales pinturas que decoran las catacumbas, dirijamos una última mirada sobre aquellos elocuentes sepulcros, arrodillémonos junto á esta piedra sepulcral, testimonio de tantos misterios; busquemos en ella aun el fuego divino que ardía en el corazon de los mártires!

Se halla en las catacumbas una cantidad prodigiosa de fragmentos de pinturas antiguas. Muchas de ellas han sido dibujadas y reproducidas por el grabado en la gran obra titulada *Roma subterránea*. Los muros y techos destinados para recibir estas pinturas estaban preparados con estuco, sobre el cual podian aplicarse los colores sin temor de verlos desaparecer ni aun perder nada de su vigor.

Algunas de estas pinturas son puramente simbólicas y alegóricas, otras no tienen por objeto mas que la decoracion, pero la mayor parte representan escenas de la Santa Escritura. Creemos que serán leídos con gusto los asuntos de algunas de dichas pinturas ya que no sea posible hacer mencion de todas ellas. Los pasajes mas predilectos de los primeros artistas cristianos son, es decir, los que se hallan representados, por decirlo así, á cada paso:

La Adoracion de los Santos Reyes.—Jesus disputando con los doctores.—Jesus rodeado de sus discípulos.—Multiplicacion de los panes en el Desierto.—Curacion del paralítico.—Resurreccion de Lázaro.—Jesus bajo la figura del buen Pastor.

Entre las principales escenas bíblicas hallamos:

Moisés tocando con su vara la roca de Oreb.—Moisés recibiendo de Dios las tablas de la ley.—Noé en el arca.—El sacrificio de Abraham.—La aventura de Jonás.—Daniel en la cueva de los leones.—David tocando el harpa, etc., etc.

Aunque estas pinturas no se hagan notar por la pureza del dibujo ni por la perfeccion de la ejecucion, interesan sin embargo vivamente al genio cristiano. Pero lo que sobre todo llama la atencion en las catacumbas son los retratos primitivos de Jesucristo, de la Virgen y de San Pedro y San Pablo, de los cuales procede el carácter que todos los pintores modernos suelen dar unánimemente á sus venerables imágenes. El retrato mas antiguo del Salvador del mundo, es el que se encuentra en una capilla del cementerio de San Calixto, conservando su fisonomía grave, dulce y melancólica, la barba corta y separada, los cabellos finos y divididos en medio de la frente cayendo sobre las espaldas, y la cara oval, ligeramente prolongada.

Véase, pues, cómo el estudio y los recuerdos que encierran las catacumbas, no son solo objetos de valor arqueológico, sino fundamento de muchas ceremonias del cristianismo, y representaciones y memorias de precio inestimable para los fieles.

EL PALACIO DE BANSWARRA.

Recibe este nombre uno de los edificios mas grandiosos de la ciudad de Banskwarra, situada en el largo trayecto de Calcuta á Bombay, y está colocado en una situacion tan pintoresca que causa la admiracion de la mayor parte de viajeros europeos. Sus torres tienen mas bien el aspecto de pagodas que el de un palacio, así

como tambien sus muros exteriores parecen de una fortaleza. Ha sido casi siempre residencia de un gobernador ó rajah, y tambien de otro jefe que se conoce con el nombre de rawul. Circundan el palacio las casas, las pagodas, las huertas y los baluartes de la ciudad. Las casas casi todas tienen dos pisos, y los bazares y los templos, en que entran tambien musulmanes, son bastante espaciosos.

El palacio de Banskwarra se considera como edificio fuerte y capaz de sostener una breve defensa. Su interior, distribuido en varios pisos como las grandes casas indias, no contiene labores artísticas de gran mérito, ni adornos de verdadero gusto oriental. La celebrad de que goza la debe, pues, principalmente á su situacion pintoresca y á servir por lo regular de residencia á alguna autoridad del pais, mas bien que á lo costoso de sus materiales ó gusto y riqueza arquitectónica.

PROPIEDADES FÍSICAS DE LOS MINERALES.

SU FORMA Y MEDICION.

La forma de los minerales ó sea la terminacion de sus diversas superficies, han sido clasificadas en *indeterminadas*, *determinadas*, *regulares* y *heterogéneas*, segun tengan semejanza con otros cuerpos, se parezcan á cuerpos conocidos, tengan ángulos y planos ó imiten cuerpos orgánicos. Estas divisiones que sin la menor propiedad han sido llamadas por algunos *pseudo-mórficas*, tambien reciben el nombre de formas *regulares*, *irregulares* y *heterogéneas*. Estas formas se llaman *cristales* y sus partes ó planos son *caras* del cristal, así como sus ángulos sólidos se llaman *esquinas*, y sus ángulos diedros *aristas*.

Los minerales toman formas cristalinas por medio de la disolucion, de la fusion ó de la volatilizacion, siendo Romé de Lisle el primero que demostró la constancia en tomar los minerales en su *cristalizacion* un mismo valor en sus ángulos diedros, y creyó posible medirlos. A este fin Haüy se valió de instrumentos á propósito llamados *goniómetros*, esto es, medidores de ángulos, los cuales son de *aplicacion* ó de *reflexion*. El de *aplicacion* llamado tambien de Carangeot, consiste en dos láminas de acero cruzadas y movibles por medio de un tornillo céntrico, las cuales despues de medir los planos de los cristales que se quieren conocer, se trasladan sujetas por el tornillo sobre otra pieza llamada semi-círculo graduado ó de graduacion. Hoy se usan, sin embargo, con mejores resultados los *goniómetros* de *reflexion* llamados de Babinet y de Wollaston, que fijan la inclinacion de las caras de un cristal si son lustrosas y brillantes, y tienen la forma que demuestra el grabado adjunto (pág. 56).

LAS RAZAS HUMANAS.

LOS AMERICANOS.

Aunque se consideren las tribus americanas que habitan desde Quebec, el Misisipi y la California hasta el estrecho de Magallanes como una casta particular, acérquese con todo al tronco tártaro-mogol, como los habitantes de la América Septentrional, los canadenses, los hurones, los naturales del Labrador y los que pueblan la costa opuesta al Asia. Ciertas tribus americanas ofrecen en la constitucion de sus cráneos, en el color de la tez, en la variedad de sus facciones y costumbres, algunas diferencias que denotan al parecer la de su origen, á pesar del aserto de los antiguos viajeros, segun los cuales, con solo ver un americano, puede asegurarse que se han visto todos. Pero tan lejos de ser así, como comprenderán nuestros lectores con los retratos de americanos de diversas regiones que ilustran estas líneas (página 53), se ven entre ellos diversas facciones, y hombres mas ó menos blancos ó rubios.

Los americanos son la mayor parte de frente

corta y deprimida; sus ojos, de un negro castaño están muy hundidos; su nariz es chata, y muy abiertas las ventanas; su cabello es muy áspero y no rizado; su cutis de color de cobre rojo; son cari-redondos, de carrillos abultadísimos, de cuerpo rollizo, y ademan bravío. Y á pesar de todo, como hemos dicho, no es igual el color de la piel en todos los americanos, pues también varía bajo los mismos climas. Los montañeses tienen siempre el color menos subido que los que viven en terrenos hondos y pantanosos y en las orillas del mar. Los del estrecho de Magallanes aunque andan desnudos, parecen casi tan blancos como los europeos, contribuyendo á veces á aumentar su color cobrizo los adornos y dibujos que hacen sobre su piel con los jugos de ciertas raíces.

UNA PROFECÍA DEL NORTE.

LEYENDA SUECA.

Cuando yo era niño, mi padre, que tenía ya muchos años, me cogió una tarde, por la mano y me dijo: hijo mío, estoy cansado de vivir, y pronto iré á reunirme con las almas de mis antepasados, pero antes quiero todavía ver una vez el sol; llévame á la cumbre de la montaña. Yo le obedecí; mi anciano padre se sentó gozando con placer de la voluptuosidad de un hermoso crepúsculo, y entonces me contó esta misteriosa leyenda:

En el sombrío Norte, en otro tiempo, se elevaba un castillo poderoso, edificado sobre una roca; la vista podía estenderse desde allí á lo lejos sobre la tierra y sobre el mar. Alrededor del castillo se levantaban montañas, colinas, fuertes armados de torres y vasallos. En el interior había una sala magnífica; la bóveda formada por su techo se asemejaba á la bóveda del cielo: cuatro osos de oro la sostenían.

El señor de este castillo era un rey grande y poderoso; un número infinito de guerreros vestidos con cotas de malla formaban su corte, los scaldas cantaban sus hazañas acompañándose con harpas de oro. Uno de estos guerreros se llamaba Inquietud.

El gran rey estaba sentado en un trono de plata adornado de imágenes; se hallaba cubierto de hierro y su coraza tenía el esplendor del mar en las horas de calma; un hermoso casco ocultaba su frente y su barba flotante descendía hasta su cintura. Los años habían hecho palidecer el color de su rostro, pero sus facciones habían conservado su vigor. Tenía en la mano izquierda una plancha de oro y en la derecha un hacha que le servía de buril.

Y trazaba caracteres rúnicos (1) sobre la piel de una serpiente azul enroscada alrededor de la plancha; grababa bellas y profundas letras, una para cada día de victoria, llevando la punta del hacha desde la cola de la serpiente hasta la cabeza. Cuando el carro del sol descendía hacia el Occidente y su luz radiaba flotaba sobre las olas como una espuma de fuego, uniendo el cielo y el mar en una misma llanura, en la cual nadaban los blancos cisnes; cuando los guerreros vencedores volvían á sus hogares, entonces grababa una letra, y el canto acompañado de los sonidos melodiosos del harpa resonaba en el castillo.

La noche llegó; la letra grabada recientemente brillaba con un esplendor como el del día.

Los años pasaron así, pero en la serpiente no había espacio ya para grabar otras. Los guerreros estaban sombríos y tristes; los guerreros que la tarde había visto venir vencedores, porque el rey ya no escribía runas.

Inquietud se levantó entonces y dijo:—Padre de las letras, ¿has muerto ya?

El rey respondió con una sonrisa dolorosa. Todos esperaban la noche creyendo que el sol se ocultaría, pero el sol inexorable se elevaba cada vez mas rehusando ocultarse, y se aproximó al castillo. El rey quiso escribir, pero no

pudo. De repente las puertas se abrieron de par en par y los guerreros temblaron. Inquietud se puso á cantar: el rey está muy pálido; ¡Ah! ¿quién me dirá qué es lo que le agita? El harpa está muda y sus cuerdas palpan. Inquietud va á morir.

Los rayos de sol penetraron al través de las puertas; entonces el castillo fue inundado de llamas luminosas y los guerreros se cubrieron el rostro, los unos hablaron en voz baja y los otros cayeron de rodillas. Súbitamente esta luz se suavizó y una hermosa virgen vestida de blanco se adelantó rodeada de rayos; su blancura deslumbraba cada vez mas; solo las llamas que la rodeaban eran rojas y abrasadoras. Un niño de una hermosura extraordinaria reposaba en sus brazos, y con una rama de palmera ahuyentaba los rayos que velaban el rostro de la Virgen.

El anciano rey le dijo:—¿Cómo te llamas y de qué país vienes.

La Virgen contestó:—es el rey de Oriente.

Entonces el rey de las moradas del Norte dijo:—eres bien pequeño para ser rey, pero ¿quieres sentarte á mi lado y leer mis escritos?

El rey de Oriente dijo:—me sentaré á tu lado. Y habiéndole sentado la Virgen al lado del rey miró la plancha cubierta de letras. Tus escritos son bellos, le dijo, pero falta una en el centro ¿quieres que la grave yo?

El rey consintió y el niño se puso á grabar la letra sobre la tabla con la punta de su dedo resplandeciente y por todas partes por donde pasaba su dedo se derretía el oro.

Y era una letra de sangre; parecía una rosa recién abierta y llena de perfume.

Pero ¿cosa extraña! las demás letras se arastraron como asustadas por la nueva y lucharon entre sí. Ora se unían, ora se dispersaban por distintos lados, oyéndose en la sala un estruendo terrible. Iban de dos en dos alrededor de la plancha, cuando la primera dió un paso atrás y todas las demás cayeron; pero bien pronto volvieron á unirse, se agitaron como las olas, y se convirtieron en escamas. La serpiente enroscaba sus anillos y amenazaba con su boca abierta á la letra de sangre; ambas desprendidas de la plancha, cayeron sobre el pavimento y trabaron una lucha espantosa: todos los que lo veían se estremecieron, pero el niño se sonreía.

La plancha se ennegreció, y cuando el anciano rey, que había muerto durante el combate cayó en tierra, la plancha cayó sobre él con un ruido sordo como el de la losa de un sepulcro; las huellas de los caracteres rúnicos se veían aun en ella. La letra de sangre se hizo mayor, y el rey de Oriente la colocó sobre su pecho para combatir á la serpiente.

Entonces todos los guerreros se levantaron, los unos por la serpiente, los otros por el rey; la tierra tembló por esta lucha inmensa. Guerreros heroicos sucumbieron en este combate, y su sangre produjo rocas; la vasta sala se trocó bien pronto en un jardín; pero la hermosa Virgen lloraba. La serpiente se enroscaba formando mil anillos, y sus escamas producían un sonido pavoroso; luego redobló sus esfuerzos y de un salto terrible se lanzó sobre el rey de Oriente...

Aquí la débil voz de mi padre se apagó, y su cabeza se apoyó sobre mi pecho, quedando muerto en el acto y llevando al sepulcro la clave de este enigma extraño. Este enigma es oscuro; toda mi vida no me ha bastado para explicarle; tal vez le explicareis vosotros, hijos míos, porque el tiempo explica muchas cosas.

ESTUDIOS MORALES.

LA ALEGRÍA.

¿Es útil en el hombre la alegría? ¡Oh! indudablemente y muy útil. Sería preciso de conocer su impresión, y no haber estado jamás triste, esto es, ser mas bien que hombre un autómatas, para no convencerse de semejante verdad. La alegría es útil para la virtud, útil

para los negocios humanos, útil para la sociedad, útil para todo lo bueno: sin ella no somos virtuosos sino por temor ó con un gran esfuerzo. Si se quiere practicaremos nuestros deberes, pero sin el menor gusto: los unos nos parecerán dificultosos, los otros poco gratos; estos exigen algun sacrificio, aquellos son demasiado frecuentes. Y hé aquí por qué deseamos terminar pronto nuestros deberes y nuestras obligaciones, y la única alegría que experimentamos consiste en haber salido del paso. Hasta el hombre mas virtuoso, sino posee otra cosa que virtud sufre semejantes amarguras. Pero acompañad la virtud con alegría y todo lo convertireis en inefables dulzuras.

La alegría es útil para el desempeño de vuestras obligaciones. Con su auxilio se soportan sin reparo las fatigas, se eluden las dificultades, se logran los mejores resultados en todos los acontecimientos. Un hombre triste y melancólico, ¿servirá acaso para llevar á cabo felizmente negocio alguno? Si el tedio le consume, todo le disgustará, todo lo hará á despecho suyo, la menor dificultad le dejará desconcertado. Se ve precisado, en fin, á abandonar su trabajo, ó de lo contrario su cometido se resentirá de la oscuridad y languidez que se ha apoderado de su alma.

La alegría es útil á la sociedad; ella facilita la comunicacion entre los hombres, constituye el placer y el atractivo de las reuniones, nos liga, en fin, con dulces lazos de amistad y simpatía unos con otros. Un hombre que además de ser virtuoso y honrado, además de ser instruido ó poseer algun talento, sabe acompañar su carácter de una alegría franca y jovial, se hace amable y conquista todos los corazones, como el imán que atrae y reúne todas las moléculas del hierro, ó como la argamasa que uniendo piedras y materias brutas, constituye sin embargo un todo perfecto, un conjunto armonioso bajo la direccion del arquitecto.

Mientras esteis alegres, vuestro espíritu será mas fecundo y acertado, vuestras ideas mas claras y luminosas, vuestra imaginación mas viva, vuestro corazón mas tranquilo y satisfecho, vuestras relaciones mas agradables, vuestra salud mas asegurada y firme ó menos delicada, vuestra piedad mas tierna, vuestra virtud mas generosa: sereis en fin, agradables á Dios y á los hombres, y os hallareis dispuestos para todo.

DE LOMBEZ.

LA PERDIZ.

APÓLOGO.

La raposa y la perdiz tuvieron una pendencia. La raposa por su ciencia quería ser mas feliz; la perdiz por su hermosura; á quien la otra decía: *bobaza, que cada día te caza, quien te procura;* y ella dijo: *aunque bobaza, con cuanto tú sabes, no sabes tan bien como yo á cualquiera que me caza.*

PEDRO CALDERON.

PENSAMIENTOS.

Los reinos se conservan con las armas de los jóvenes y los consejos de los viejos.

Homero.

Nadie debe confiar en los halagos de la prosperidad.

Claudio.

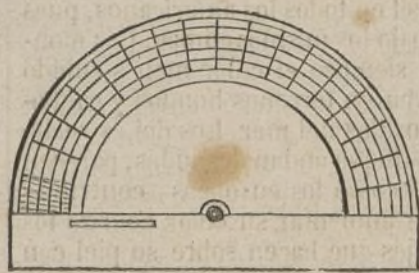
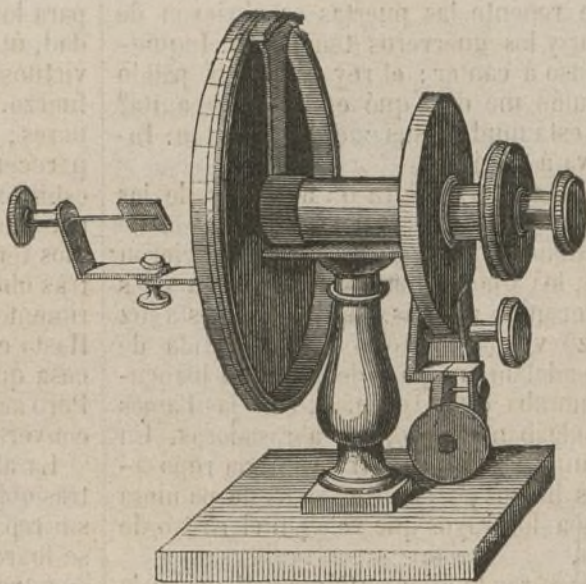
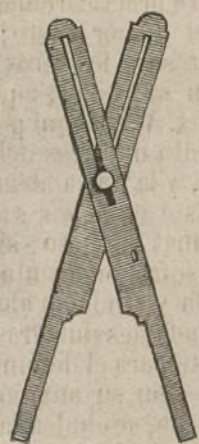
La mayor riqueza de la vida es tener buenos amigos.

Ciceron.

La elección de buenos amigos suele ser muy difícil á los que ocupan grandes puestos.

Lelio Peregrino.

(1) Caracteres de escritura de los antiguos escandinavos; se los suponía dotados de un poder mágico.



Instrumentos para la medicion de los minerales.—Goniómetros de aplicacion y de reflexion.

SONETO.

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordena:
Bella, si de sus ojos enajena
El altivo desden que siempre lloro:

Bella, si con la luz que sola adoro
La tempestad del viento y mar serena:
Bella, si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro:

Bella, si mansa: bella, si terrible:
Bella, si cruda: bella, esquivia: y bella,
Si vuelve grave aquella luz del cielo:

Cuya beldad humana y apacible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

FRANCISCO DE LA TORRE.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

La grandiosa edicion de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, verdadero monumento levantado en honra de aquel famoso ingenio por el conocido librero é infatigable impresor de Barcelona don Tomás Gorchs, ha llegado á término con aplauso de cuantos se interesan por las verdaderas glorias nacionales. Esta edicion, cuyo mérito creemos sobrepujar al de otras muchas que de continuo se anuncian con pomposos elogios, no solo es de impresion esmerada y correcta y de un lujo sorprendente, sino que está adornada con un buen retrato de Cervantes, doce grandes láminas y dos portadas grabadas en acero, con ciento cuarenta y cuatro preciosas letras iniciales grabadas en boj y dibujadas espresamente, como todo lo demás para tan grandiosa edicion.

Segun el negociado de estadística de Berlin la tierra está poblada por 1,288.000,000 de habitantes, á saber: en Europa 272.000,000; en Asia 755.000,000; en Africa, 200.000,000; en América, 59.000,000 y en la Australia, 2.000,000. La poblacion de Europa se subdivide así: la Rusia contiene 62.000,000 de habitantes; los Estados Austriacos; 36.398,630; la Francia, 36.069,354; la Gran Bretaña é Irlanda, 27.488,853; la Prusia 17.089,407; la Turquía, 18.740,000; la España 15.518,000; las Dos Sicilias, 8.166,922; en la Suecia y Noruega, 5.072,820; en Cerdeña, 4.979,033; en Bélgica, 4.607,066; en Baviera, 4.547,239; en los Países Bajos, 3.487,517; en Portugal,

3.471,199; en los Estados del Papa; 3.100,000; en Suiza, 3.494,300; en Dinamarca, 2.468,648; en Asia el imperio de China contiene 400.000,000 de habitantes; las Indias Orientales, 171.000,000; el archipiélago indio, 80.000,000; el Japon, 36.000,000; el Hindo-tan y la Turquía asiática, cada uno 13.000,000; en América, se calcula que los Estados-Unidos contienen 23.191,876 habitantes; el Brasil, 7.677,800; y Méjico, 7.661,520.

Entre las diversas naciones de la tierra hay 556.000,000 de cristianos, de los cuales 390.000,000 son católicos, 80.000,000 protestantes y 76.000,000 de la iglesia griega.—El número de israelitas es de 5.000,000; de ese número, 2.899,750 son de Europa, á saber: 1.230,000 en la Rusia de Europa, 855,304 en Austria, 234,248 en Prusia, 192,176 en el resto de Alemania, 62,470 en los Países Bajos, 33,953 en Italia, 73,995 en Francia, 36,000 en la Gran Bretaña y 70,000 en Turquía. Se aprecia en 600.000,000 el número de los que profesan las diversas religiones de Asia, los mahometanos en 160.000,000 y los paganos (los gentiles propiamente dicho) á 200.000,000.

Los bomberos en Berlin han recibido no hace muchos años, una organizacion que merece ser consignada. Provistos de bombas con sus correspondientes caballos y de carruajes, que los llevan á galope con todos los instrumentos necesarios y cubas llenas de agua, al aviso de un telégrafo eléctrico que pone en comunicacion todos sus puestos de prevencion; pocos minutos bastan para reunirlos en el punto amenazado por el incendio. Continuamente, de noche y de dia se hallan preparadas en el despacho central de policia, tres bombas, con los caballos enjaezados, los toneles llenos de agua, los bomberos preparados, y al oír la señal dada por una campana de alarma que toca durante un minuto y medio, hombres, caballos, carruajes, bombas, cubas, todo está ya marchando, mientras aun toca la campana.

Los habitantes del Tibet son en extremo religiosos; pero, escepto algunos, lo mas contemplativos, que se retiran á la cima de las montañas y allí pasan su vida entre las cavidades de las rocas, tienen poca inclinacion al misticismo; en vez de guardar su devocion en lo interior de su pecho, les gusta, por el contrario, manifestarla con actos exteriores; por eso las peregrinaciones, las ceremonias ruidosas en lamas-serias, las genuflexiones en los terrados de sus

casas son cosas que les gustan mucho, y así tienen á todas horas en la mano el rosario búddico, que hacen sonar con frecuencia, y aun despachando sus negocios están recitando sus rezos.

«Existe en Lha-Ssa, dice un viajero muy conocedor del país, una costumbre muy patética, y que en cierto modo hemos envidiado encontrarla entre infieles; todos los dias al anochecer los tibetinos suspenden sus faenas, y reunidos hombres, mujeres y niños con arreglo á la edad y el sexo de los principales barrios de la ciudad y sitios públicos, se agrupan y acurrucan en el suelo, y empiezan á cantar á media voz y lentamente sus preces: los conciertos religiosos que se elevan desde el seno de aquellas reuniones numerosas producen en la ciudad una inmensa armonía, solemne, y que conmueve profundamente el alma. La primera vez que fuimos testigos de tal espectáculo, no pudimos menos de hacer una comparacion dolorosa entre aquella ciudad pagana donde todos oraban en comunidad, y las ciudades de Europa en que se avergüenzan de hacer públicamente la señal de la cruz.

«La oracion que los tibetinos cantan en sus reuniones vespertinas, varia segun las estaciones del año: por el contrario, la que recitan en su rosario es siempre la misma y se compone de seis sílabas: *Om, mani padme hum*. Esta fórmula, que los buddistas llaman por abreviatura el *mani*, no solo la dicen todos, sino que en todos los sitios se halla escrita, en todas las banderas que ondean en las puertas ó en los remates de las casas, se ve siempre un *mani* impreso en caracteres landsa, tártaros y tibetinos. Hay varios buddistas ricos, que impulsados por su fervor mantienen á su costa cuadrillas de lamas escultores, cuya mision es propagar el *mani*. Estos misioneros de nueva especie con cincel y martillo en mano, recorren las campiñas, las montañas y los desiertos grabando la fórmula sagrada sobre las piedras y rocas que encuentran.»

ESPLICACION

DE LA CLAVE ENIGMÁTICA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CANTAR.

Todo lo vence el querer,
Todo lo alcanza el dinero,
Todo acaba con la muerte,
Todo llega con el tiempo.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51, Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.